

Manuel Antonio Matta

La política nacional en abril de 1889

CARTA DE DON MANUEL ANTONIO MATTA
A DON ENRIQUE MAC-IVER



PARA una mejor inteligencia de la lectura de la carta que se publica a continuación, copiamos dos juicios sobre el momento político producido en el país en abril de 1889, y a que se refiere el presente documento. El primero de esos juicios corresponde a la pluma de Julio Bañados Espinoza, en su libro «Balmaceda, su gobierno y la revolución de 1891», tomo primero, página 276; el segundo, a Ricardo Salas Edwards, en su obra «Balmaceda y el parlamentarismo en Chile», tomo primero, páginas 154 y 155.

He aquí la primera de esas opiniones. Dice así:

«En el mes de abril, Balmaceda, al imponerse de los recelos de los partidos, entró de lleno a buscar la realización de la Alianza proyectada. Quería tener expedito el camino de las obras públicas en ejecución o en estudio, y de las reformas que ideaba en las diversas secciones del Gobierno; y creía que ello se obtendría con la concentración de los círculos del Liberalismo. Pero el escollo estaba en la brusca creación que se hizo por

los grupos en competencia de la candidatura presidencial de Sanfuentes que en aquella época no existía más que en las suspicacias de los que, trabajando «pro domo sua», creían encontrar un peligro en cada sonrisa, en cada mirada, en la menor manifestación del Jefe del Estado. Como la mujer histérica daban proporciones de fantasma a la sombra que proyectaba el menor objeto contra la luz, y confundían los ruidos que hace el aire al penetrar por las rendijas o ciertas clases de muebles ante los bruscos cambios de temperatura, con apariciones de seres sobrenaturales, o con la visita inoportuna de algún espíritu de ultratumba.

«Pocas veces ha presenciado Santiago mayor actividad política en torno del temor de que el Presidente fuera a inclinar la balanza por éste o aquel amigo.

«Los chismecillos salieron muy luego de la alcoba y saltaron a la plaza pública. Hubo diarios opositores que con amarga verdad pintaron esta situación desdolorosa».

El segundo juicio expresa lo que sigue:

«El sexto Gabinete, Barros Luco-Sánchez Fontecilla, que disgustó a nacionales y liberales disidentes, duró menos aún; sólo vivió 41 días. La elección de Mesa de la Cámara de Senadores le demostró nuevamente, en los primeros días de junio del 89, que su mayoría no era muy amplia ni muy sólida, y que a pesar del retiro de Sanfuentes del Ministerio, seguían las prematuras desconfianzas por su candidatura.

«En vano Balmaceda, que veía venir el desastre de su Gabinete en el Congreso, había conferenciado con los principales jefes de los partidos liberales para inducirlos a convenir desde luego en las bases de una convención destinada a elegir su sucesor; y a estudiar aún la posibilidad de una fusión de partidos. Altamirano y Mac-Iver, Edwards y Errázuriz, fueron llamados por turno a la Moneda; y todos ellos separadamente de-

sestimaron, en nombre de liberales independientes, de radicales, de nacionales y de mocetones, las halagadoras expectativas políticas que Balmaceda parecía haber empeñado en brindarles amablemente. Los dos primeros políticos llegaron a hablar aún con franqueza al Jefe del Estado de que los partidos no deseaban ver surgir nada que se asemejara a la política personal y absolutista del anterior Presidente de la República, que no sólo se había complacido en hacer guerra a sus adversarios, sino en distribuir caprichosamente sus influencias electorales entre los propios liberales; que más valdría al Presidente actual abstenerse de organizar una convención que designara a su sucesor para que nadie mirara con desconfianza sus iniciativas; y que en todo caso la idea era prematura y difícil de realizar en forma satisfactoria para todos.

«En su prensa y en sus acuerdos políticos, todos los partidos consultados revelaron en seguida con claridad suficiente que deseaban organizarse y manejarse con independencia, sin ingerencia directa del Presidente, y estar representados en la Moneda por Ministros genuinamente parlamentarios y dotados de voluntad propia. La acción absorbente y dominadora de los hombres públicos que a costa de tantos esfuerzos había logrado ensayar Santa María, aquel voluntarioso atleta político que precedió a Balmaceda en el mando, se diría haber caído para siempre con él; y ni la palabra insinuante y halagadora del Presidente, ni sus nobles intenciones, parecían capaces de hacerla revivir».

La carta en referencia, dice como sigue:

«Amigo y correligionario: he recibido y agradezco su noticiosa carta del 16, la cual me apresuro a contestar, si es que las sugerencias que ella inspira pueden ser una contestación.

«Lo que Ud. me dice que se habló en su entrevista con Balmaceda y el modo cómo Ud. aprecia y juzga, no admiten ni podrían admitir observación alguna de parte mía.

«En casos tan raros, al mismo tiempo que tan vulgares en los que se ha empantanado la política oficial y para alejamiento o encubrimiento de cuyas malas y necesarias consecuencias anda Balmaceda buscando auxiliares y ayudantes más que consejeros y Ministros, yo habría pensado y hablado como Ud.

«Balmaceda, con sus propósitos que él mismo, quizá, no se explica ni se confiesa, sin ser torpe y necio, ha estado dejando hacer y aún ha hecho torpezas y necedades, y sin ser mal hombre y mal patriota, no son pocas las faltas que ha tolerado, instigado y aún recompensado, contra la honradez y el patriotismo; y no quiere o no puede darse cuenta de que semejante política no merece encontrar, entre gente que sabe lo que es gobierno, cooperadores que tendrían que ser cómplices—a sabiendas o sin saberlo—de actos que son la consecuencia precisa de faltas anteriores.

«De ahí que, sin satisfacer su propósito y sin corregir su criterio, vuestro antiguo colega esté en la situación y en el lenguaje que Ud. me comunica.

«Pero como no es bribón ni tonto, si se le hace ver y si se le prueba que, llegando como ha llegado en este *cara-de-perro* que él ha querido jugar, a mostrar sus cartas, ha de perder, porque los jugadores y los mirones están en su contra y lo harán perder, es lo principal, creo, convencerlo o intentarlo, de que ello ha de suceder, y me parece que el lenguaje de Ud. y su conducta—sobre todo si Altamirano, Edwards y los otros hombres de grupo hacen otro tanto—son lo más seguro y lo mejor.

«La *sindéresis* de Balmaceda, por muy firme y clara que hubiera sido, se ha perturbado entre la fantasmagoría de las cosas y los hombres con los cuales vive y ha querido vivir, ¿Podrá y querrá convencerse de que es él quien anda errado?

«Yo creo que sí, cuando se le ponga en en el caso de convencerse de ello o de ser vencido por la enemiga marea que se

le está viniendo encima y que habrá de aumentar en fuerza, a medida que el tiempo pase.

«En los momentos en que pensaba yo estas cosas que escribo a Ud, llegóme un telegrama de nuestro amigo y correligionario Letelier, en el cual me avisa la renuncia de R. Donoso y D. Lastarria, cuyas carteras habrían sido ofrecidas a Ud. y a A. R. Edwards que las han rechazado por ser para integrar el antiguo Gabinete y no para formar uno nuevo.

«Yo creo que lo que Ud. ha hecho es lo que se debe hacer, y por ese camino y con ese criterio, Balmaceda, para su honra y para bien del país, entraría en una política verdaderamente liberal y patriótica.

«Cuando él quiere explotar animosidades antiguas, o hacer nuevas, si todos los hombres de alguna importancia y que deseen y puedan hacer un gobierno bueno, se unen en un propósito, como Ud. y Edwards lo han hecho, no le quedaría a Balmaceda sino exigir que se pongan de acuerdo en una política que él pueda apreciar en concreto y a la cual pudiera someter su acción oficial, representada en el Gabinete que formulase el plan de ella y que se constituyera en agente y en garantía de su realización.

«Ustedes sabrán cómo se puede hacer y yo creo que serían capaces de hacerlo.

«Un nuevo Gabinete de verdadera Alianza Liberal y para asegurar un régimen de libertad, no me parece que tendría que titubear en formular los puntos sobre los cuales habría de desarrollarse la política oficial.

«La hacienda y los trabajos públicos necesitan orden, cautela, supervigilancia y acierto mayores. ¿No se podría concretar eso en un plan que las cosas mismas están indicando?

«La instrucción pública, que ya dió origen a desaveniencias, está proclamando en donde se halla el punto de convergencia de todas las opiniones de libertad.

«El *servicio civil* —dando a estas palabras el significado que

le han dado los ingleses y norteamericanos—está pidiendo lo que los radicales vienen exigiendo desde hace tanto tiempo: seguridad, justicia e imparcialidad.

«La ley de elecciones que se ha de dictar se puede y se debe hacer con el concurso y para garantía de todos los partidos y los hombres

«Y así sucesivamente, las trascendentales e inmediatas soluciones a problemas que se han complicado por las contradicciones de la política oficial, saltan al ojo y se vienen a la mano cuando se habla de terreno común y de esfuerzo uniforme para todos los hombres de libertad.

«Yo diviso más peligro, o por lo menos mayor dificultad, en el modo y en el tiempo de hacer ese plan, que en realizarlo, una vez que todos los grupos, bien representados, quieren llevarlo a cabo.

«Balmaceda, acostumbrado a la exorbitancia de su influencia, creería tener derecho para exigir a Uds., antes de la reunión del Congreso, la promesa de su cooperación, que es ya un elemento de mayor fuerza para él y un estorbo para los radicales y liberales, que no pueden menos que resistirlo y rechazarlo, y si ello es difícil, hacerlo sin chocar, ni herirlo mortalmente, es necesario, es imprescindible negarle esa satisfacción, a la cual no tiene ya derecho ni como Presidente ni como partidario.

«Para Ud. que dió el buen ejemplo, no creo que le cueste concebir ni ejecutar un plan de conducta adecuado; pero para que él tenga completa y pronta y eficacia es menester que todos estén resueltos a hablar y obrar como acaban de hacerlo Ud. y A. R. Edwards.

«De suerte que la táctica de los hombres de libertad es la condición indispensable del gobierno libre y honrado que se puede obtener y que ni el país dejará de reclamar ni Balmaceda, exigido en forma por los que pueden hacerlo, se negaría a servir.

«Un nuevo Gabinete de Alianza con un plan realizable de política adecuada a los problemas existentes y la decisión de pensar, hablar y obrar los seis Ministros, en lo que respecta al plan acordado, como un solo hombre, me parece que puede obviar todos los inconvenientes personales y actuales, tanto como los sociales del día, y del futuro.

«Si ustedes lo quieren lo pueden hacer, y Balmaceda no lo impedirá a quien lo intente.

«Ahora, como siempre, todo depende del acuerdo entre los principales hombres de libertad para proseguir en un rumbo dado y de la lealtad y firmeza para efectuar lo convenido.

«Balmaceda hoy está empantanado y temeroso, no queriendo que en el Congreso se haga ver su triste situación contra la cual la triste situación contra la cual las luces de Bengala y los hombres de no sé dónde de su triunfal marcha al norte nada podrán; y quiere, a mi entender, como Santa-María, en 1885, cuando la formación de los Comités y las promesas de los liberales y monttvaristas, disipar esa borrasca, y a fin de conseguirlo prometerá y pedirá cuanto le consientan, y en el momento que consiguiese su propósito, se volverá en contra de nosotros que volveríamos a reclamar lo que es justo y honroso, sin otro resultado que ver a los Varas y a los Altamirano, etc., prestarse o no a resistir a las pretensiones presidenciales.

«Por eso aplaudo de todo corazón y espero mucho de que Ud. y A. R. Edwards—que en esto habrán de haber obrado con el aplauso y acuerdo de todos—exijan reorganización del Gabinete, con un plan claro, concreto y realizable inmediatamente. Así, Presidente y partidos de libertad, al abrirse el Congreso, tendrían fuerzas iguales y el prestigio de la Alianza sería suficiente para llevar adelante el plan acordado. Sin ello, Balmaceda haría algo peor que lo que hizo Santa María.

«¡Ojalá Ud. encuentre la cooperación que necesita y tiene derecho a exigir para continuar en el esfuerzo, felizmente empezado, para restringir pretensiones absorbentes, tanto más peli-

grosas cuanto menos legítimas, se creen por hombres, como Balmaceda. colocados en situación de hacer tanto mal!

«Sin más, no sin recelo de que lo dejen con poca fuerza eficaz en su empresa, queda deseando de Ud. salud y éxito completo.— Su amigo.—M. A. MATTA.— Copiapó, abril 26 de 1899». (1).

(1) Original en poder de don Luis Cousiño Mac-Iver.—G. F. C.